DISCURSO TERCERO.

CATON EL CENSOR.

Señores:

Vimos, el viernes último, que, durante los cinco primeros siglos de Roma, la elocuencia fué allí un talento natural, más ó ménos desarrollado, con el ejercicio de la palabra. No sólo carecieron los romanos de escuelas de retórica, en todo aquel período, sino que tampoco tuvieron de ellas otras noticias que las pocas é inciertas que sus casuales relaciones con la Grecia, permitieran. Indiqué, tambien, en la última conferencia, los hombres que más se habian distinguido en la tribuna, ántes de que apareciese en ella Caton el Censor, insistiendo en que todos habian alcanzado más celebridad como políticos y guerreros, que

por sus triunfos como oradores; á lo cual debió contribuir, no poco, el que los antiguos romanos estimaban más la gloria de las armas que la de las letras, obligados, como realmente estaban, á asegurar y engrandecer su pátria, ántes que enriquecerla con los tesoros de la literatura y las bellas artes.

Acaso fuí entónces demasiado breve al hablar de algunos hombres, y seguramente hice de todos un boceto descarnado y pálido; siendo así que ofrecian asunto para un cuadro interesante, ya que no magnífico, como otros que puede inspirar, á quien posea una inteligencia ménos árida que la mia, la contemplacion de la historia de Roma, y de sus más grandes varones. Mas, confieso (si estos desahogos son aquí permitidos), que recorrí todo aquel largo espacio como un viajero que, falto de fuerzas y dolorosamente influido por impresiones extrañas á su viaje, caminase con paso lento y perezoso, poco ménos que á la aventura, y teniendo, á cada instante, que orientar su marcha.

Por lo demás, la primer figura que atrae y fija las miradas de quien estudia los anales de la elocuencia latina, es la de Caton el Antiguo, ó el Censor, como otros le llaman, que va á ocuparnos esta noche.

Entre los personajes ilustres que produjo Roma, anteriores á Caton, se observa que ninguno tuvo aptitudes generales, en alto grado á lo ménos, y que todos, ó casi todos, debieron parte de su elevacion, á la nobleza de su orígen ó á los favores de la caprichosa fortuna. No niego, á la mayor parte de ellos, una virtud cívica acrisolada que los hizo grandes ciudadanos; mas no hubo ninguno, de cuantos yo recuerdo, que marchase triunfante por los diversos caminos que conducen al templo de la fama. Si Cincinato, si Camilo, si el mismo Fabio Máximo no hubiesen sido célebres capitanes, no los conoceríamos como políticos, y ménos aún como oradores. Si Manlio y Cetego no se hubiesen distinguido, el primero por su elocuencia y su ambicion, y el hecho heróico de haber rechazado á los galos del Capitolio; y el segundo por su elocuencia solamente, no sabríamos que existieron, á no ser que se buscasen sus nombres, en la larga cronología de los cónsules romanos. Caton, en cambio, que se presentó en la escena del mundo sin fortuna, sin el prestigio de un apellido ilustre, sin los privilegios del patriciado, huérfano, en fin, de cuantos medios empleaban otros hombres para elevarse, supo adquirir todos los honores y altos puestos de su pátria, y, lo que es más admirable todavía,

supo merecerlos ante sus contemporáneos y ante la posteridad.

Cuando se le ve dotado de un ingenio vario y fecundo, dócil á todos los trabajos del espíritu, como ciertos metales á la forma del molde en que se vacian, hasta el punto de parecer nacido, espresamente, para cada una de las diversas ocupaciones á que se dedicaba; cuando se le ve en los campos de batalla, acreditándose, primero, como soldado intrépido, y, más tarde, como insigne caudillo; en el Foro, como hábil jurisconsulto; en el Senado, como profundo político; en todas partes donde hablaba, como elocuente orador; y en todos los trances de su vida pública, como resuelto campeon de la justicia y enemigo implacable del desórden y del vicio; y cuando se recuerda que sirvió á su pátria por espacio de setenta años, sin sentirse jamás cansado ni ser nunca vencido en aquellas ardientes luchas que sostuvo contra la nobleza, y el espíritu mismo de la época en que vivió; cuando se mira, repito, todo esto en su conjunto, se siente uno inclinado á creer que la Providencia permite, de vez en cuando, que en un solo individuo se aglomeren y se fundan todas las prendas de la inteligencia y del corazon, para encargarle despues, como Bossuet diria, el cumplimiento de algun designio inexcrutable.

Mas, cuando se conocen los afanes, los ejercicios, las ímprobas tareas, los tributos de perseverancia que se impuso Caton, para adquirir los diversos méritos que, más tarde, enaltecieron su nombre, reconoce uno que hay algo de cierto en las teorías de los modernos sofistas Helvecio y Condillac; y se recuerda con gusto aquella frase escrita, por Plinio el jóven, con referencia á su tio, en la cual dice: «A quien sabe lo mucho que trabajaba, no le sorprende que haya producido tantas y tan buenas obras; sino que no haya producido más y mejores aún»; y en seguida, sin dejar de creer en la Providencia... (en esa Providencia que no siempre acude cuando se llama, y que á las veces simula regocijarse con nuestras lágrimas y desgracias), se desecha la idea de un fatalismo estéril que lo atribuye todo á los talentos naturales, para reconocer que el estudio y la meditacion son la gimnasia de la inteligencia, y que la inteligencia es como una tierra más ó ménos feraz, pero cuya virtud productiva se aumenta siempre con el cultivo y el trabajo. Esta gran verdad enemiga de la pereza, y que tantos ingenios podia librar de las garras del desaliento; esta verdad que la han practicado, casual ó deliberadamente, casi todos los hombres que no han debido su fama á los caprichos de la fortu-

na, se encuentra confirmada en Caton el Antiguo.

Sólo recibió Caton, de sus padres, un nombre honrado, pero plebeyo, y una pequeña propiedad rústica que fué el origen de la riqueza que despues acumuló, gracias á su economía, nunca desmentida, y á sus conocimientos agrícolas (1). Su primera educacion no pudo ser muy esmerada; porque, ni los recursos ni la residencia de su familia, lo permitian; mas, en cambio, asistió en su juventud á una escuela de heroismo y de virtudes cívicas y guerreras, cuya enseñanza aprovechó. Escuela de heroismo llamo á las primeras campañas que hizo, desde los diez y siete á los veintitres años de edad, cuando Anibal amenazaba á Roma, y Fabio Máximo acaudillaba una parte de las legiones latinas (2). ¿Quién duda, señores, que la vida militar junto aquellos grandes capitanes, y en aquella guerra de gigantes, los graves peligros en que se vió Roma, y los sangrientos desastres que experimentara, debieron templar fuertemente el ánimo de Caton, y contribuir á que se formase su carácter de hierro? (3) ¿Quién duda que las máximas de Platon, que oyó por vez primera en Tarento, cuando ésta ciudad fué tomada por los romanos, máximas en que el filósofo ateniense presenta la molicie y

los placeres como corrompedores y tiranos del espíritu, quién duda, repito, que debieron caer en su ánimo, cual semillas de las austeras virtudes á que ajustó, siempre, casi todos los actos de su vida pública y privada? Aunque sean otras muy distintas nuestras costumbres, es interesante y curioso verlo confundido entre sus esclavos, ocupado, como ellos, en el cultivo de la tierra, y al mismo tiempo, estudiando el derecho, y ejercitando su palabra, ante los tribunales de los pueblos vecinos, á donde acudia á prestar desinteresadamente este servicio. Habia comprendido, desde muy temprano, que la República era gobernada por los oradores, y no omitió medio alguno para adquirir una elocuencia victoriosa que fuese, algun dia, la palanca de sus designios.

La fama de su actividad y singulares costumbres, le valió la amistad y patrocinio de Lucio Valerio Flaco, personaje importante en aquella época, el cual le hizo trasladarse á Roma, conociendo, con ese golpe de vista que tienen los hombres superiores, que aquel jóven sólo necesitaba un ancho teatro para desempeñar un importante papel (4).

A esta época refiero yo los primeros estudios formales de Caton; porque si es cierto que las tareas del Foro y de la política, y áun el cuidado

de sus particulares negocios, debieron ocupar mucho su actividad; y si es fama que no conoció las letras griegas hasta ya muy entrado en años (5), tambien es incuestionable que nunca sentiria tanto el acicate de la juvenil emulacion, y que su estilo, como sus costumbres, sólo pudieron formarse antes de su edad adulta. Entonces fué, sin duda alguna, cuando estudió á Lisias, Tucidides y Demóstenes, y sobre todo, á los dos últimos, de cuyas máximas, casi literalmente traducidas, estaban sembradas sus obras; y cuyas formas oratorias procuró imitar siempre, con tan feliz éxito, que en su tiempo mereció que se le llamase el Demóstenes romano, como más tarde mereció, por sus virtudes, que Plutarco lo comparase con Arístides.

Se conservan, de Caton, algunas frases célebres que manifiestan la fisonomía, por decirlo así, de su carácter, y el vigor de su lenguaje. Para que el pueblo desistiese de pedir una distribucion de trigo que no debia concedérsele, empezó su discurso diciendo: «Como no tiene orejas vuestro vientre, no será cosa fácil el persuadirlo.»

Lamentándose del lujo que empezaba á introducirse en las comidas, exclamó: «Difícil cosa es evitar la ruina de un pueblo, donde un pescado tiene, mayor precio, que un caballo de labranza.»

En otra ocasion decia á sus conciudananos: «Sois un rebaño que todo lo hace ciegamente en colectividad, sin que ninguno sea capaz de hacer algo por sí propio. Hay hombres cuyos consejos obtendrian vuestro desprecio si os los diesen particularmente, y que, sin embargo, os gobiernan á su capricho cuando estais reunidos.»

Decia tambien que los necios enseñan más á los sabios que los sabios á los necios; porque los sabios huyen del mal ejemplo y los necios no siguen el bueno. Un pensamiento análogo se encuentra en el libro de los proverbios de Salomon.

Preguntado por qué no dispensaba obsequios ni consideraciones al rey Eumenes, que fué recibido por el Senado con toda clase de honores, contestó «que aquel príncipe seria tan bueno como se decia, pero que un rey es siempre un animal voraz; y que, entre los mejores reyes, no hubo jamás ninguno comparable á Epaminondas, Pericles, Temístocles, Manio Curio, ni Amilcar Barca.

Un dia que el Senado prolongaba mucho un debate sobre si unos desterrados griegos deberian, ó no, restituirse á su pátria, acabó la discusion con esta sola frase: «Cualquiera diria que

esta asamblea no tiene ningun asunto grave de que ocuparse, al ver que habeis invertido un dia entero, deliberando sobre si unos cuantos viejos, próximos á la muerte, deben ser enterrados por nuestros sepultureros ó por los de su país.»

Tambien decia que sólo recordaba tres cosas de que estuviese arrepentido: «Haber confiado un secreto á su mujer; haber ido por mar á donde podia haber ido por tierra; y haber pasado algun dia sin hacer nada.» Esto último revela su amor al trabajo, y la infatigable actividad de su cuerpo y de su espíritu. Pero más admira aún cuando aseguraba, sinceramente, que podia perdonar las faltas ajenas, pero que jamás se perdonaba las suyas (6).»

Esta severidad tenia límites, como lo prueba una frase suya, conservada por Horacio. Segun éste poeta, una vez que vió salir á un jóven de una casa de prostitucion, en lugar de reprenderle le dijo:

.....«Cuando repares
Que el incendio de amor arde en tus venas,
Es muy mejor bajar á estos lugares,
Que las mujeres corromper ajenas.» (7)

En más de una ocasion se hizo reo de inmodestia, diciendo para disculpa de otros: «No todos son Catones»; y segun Plutarco, en los elogios de sus propios actos, no le detenia la circunstancia de ser suyos: los celebraba como si fuesen ajenos.

He querido referiros esos pensamientos que de él se conservan, no sólo porque los creo dignos de memoria, sino tambien para que formeis una idea de la franqueza, algo rústica, de su carácter; de la valentía con que manifestaba sus censuras, y de la forma incisiva, y algunas veces pintoresca, que daba á sus conceptos.

Conocido el carácter de Caton, no seria imposible conjeturar la índole de su elocuencia, áun cuando no supiésemos que su principal modelo fué Demóstenes. No tuvo su estilo la abundancia, la armonía y brillantez que más tarde alcanzó la elocuencia romana, en los tiempos de Crasso y Antonio, y en los mejores aún de Hortensio y Ciceron; pero tenia todas las demás calidades pue hacen poderosa la palabra, y, en sus discursos, se revelaba un gran talento de invencion (8).

El que jamás ofendia en público ni en privado las leyes del decoro, ni siquiera las del pudor, debió emplear un lenguaje austero, como el de Demóstenes, cuando hablase contra el lujo y la incontinencia de los patricios. Supo, sin embargo, manejar la ironía y la sátira (9), en lo cual

aventajó al orador ateniense. Paréceme, asimismo, imposible, que habiendo hecho sus primeros ejercicios en los debates forenses, sin abandonar despues, nunca, la arena judicial, su ingenio no tuviese viveza para triunfar de las interrupciones é incidentes inesperados, y áun cierta sutileza para interpretar las leyes, y marcar las aplicaciones del derecho.

No quiere esto decir, en manera alguna, que siempre improvisara sus discursos; y sabemos que practicaba, como solian hacerlo muchos de los oradores griegos, la costumbre de escribir sus arengas, algunas veces, áun ántes de pronunciarlas (10). Un hombre tan activo, tan laborioso, tan perseverante como Caton, es creible que, siempre que tuviera tiempo para ello, siguiera este procedimiento, cuyas dificultades están recompensadas porque dá á las ideas fuerza y seguridad, sin quitar, al discurso, los sublimes arrebatos de la inspiracion. De otro modo, habria sido «uno de aquellos oradores cuyo talento brilla durante su vida, sin dejar despues de su muerte ningun monumento de su elocuencia.» (11) La suya le sobrevivió, y, en la época de Octavio, respiraba aún y resplandecia en sus obras.

Su palabra se prestó más á la acusacion que á la alabanza. Se citan muchos discursos suyos

en que atacó á sus contrarios de un modo violentísimo, y no se cita ninguno, que yo sepa, en que se expresase como panegirista; si bien algunas veces, como al defender á los Rodios, se mostró, además de justo, indulgente con los acusados. Los antiguos le representan en las luchas oratorias, semejante á un guerrero que no sabe permanecer á la defensiva, y que ataca, derrota y persigue á su enemigo, lo mismo cuando es provocado, que cuando él provoca á la pelea.

Nada dice, contra estos caractéres generales, el que supiese elogiar con nobleza, cuando habia motivo para ello. (12) En las reliquias, por decirlo así, que nos han quedado de algunos de sus discursos, no hay nada que atestigüe cómo él celebraba las acciones heróicas ó magnánimas; mas poseemos unas frases, de la historia que escribiera con el título de *Los orígenes*, que presumo escuchareis con gusto, por lo cual voy á leerlas. Refiriéndose al romano Quinto Cecidio, que hizo prodigios de valor en Sicilia, durante la primera guerra púnica, dice así:

«Celébrase la accion del espartano Leonidas, que se condujo de igual modo en las Termópilas. La recompensa de su heroismo fué su gloria; y aquella gloria tan estimada por la Grecia, se vé consagrada en monumentos, en columnas, en es-

tátuas, en historias y panegíricos. Las hazañas de este tribuno de los soldados, han permanecido casi oscurecidas, no obstante que habia hecho por los romanos, lo que Leonidas por los griegos: ¡como él habia salvado la República!» (13)

Dudo mucho que Ciceron hubiese expresado más bellamente esta idea, y estoy seguro de que no habria acertado á expresarla con mayor fuerza y brevedad. ¿Qué título más estimable que el de salvador de la República? ¿Qué mayor elogio que la comparacion con un héroe, cuyo nombre ya habia pasado á la posteridad? El que hizo lo que Leonidas, merece tanto como Leonidas; y si es un simple tribuno de los soldados, merece más.

Ved ahora otro pasaje en que habla como acusador. No es ménos notable que el anterior, aunque sí de tan opuesta índole, que bien puede considerarse como el reverso de la medalla. Unos dos mil años hace que las palabras que voy á leer, resonaban en el foro romano. ¡Qué lejos estaria entonces el severo Caton, de pensar que á tamaña distancia de tiempo, habian de encontrar un eco en este templo de las letras y las ciencias! Pero el destino del talento y la virtud, ha sido y será, tener admiradores miéntras haya hombres civilizados. Acusando á Quinto Thermo, que habia cometido actos inhumanos, decia así:

«Alega que los decemviros no le proveyeron suficientemente de provisiones de boca, y que por eso los mandó azotar! ¡Los decemviros azotados por los Brutienses, ante un público numeroso! ¿Puede perdonarse una afrenta, una arbitrariedad, una tiranía semejante? Jamás ningun rey se atrevió á hacer cosa igual. ¿Y aprobareis vosotros, ciudadados, que se trate así á hombres intachables y de noble origen? ¿De qué sirven, entónces, los derechos de la alianza? ¿Dónde está la fé de nuestros mayores? A inferir la injuria más vergonzosa, á castigar con golpes, con heridas, con acerbos dolores, con el ultraje y la infamia, á convertirte en verdugo, en la ciudad misma de tus víctimas, y en presencia de sus conciudadanos y de otros innumerables testigos; hé aquí hasta dónde te ha llevado tu perversidad! Cuántos gemidos, cuántas lágrimas, cuánto duelo no acompañaron á aquel suplicio! Mas, si vemos que aun los esclavos guardan el recuerdo de las injurias que reciben ¿qué sentimientos no debe suponerse que, unos hombres distinguidos por su honor, y nobleza, esperimentarian entónces, y abrigarán siempre, hácia vosotros?» (14)

No creo que pueda hablarse con más vigor; y aunque sólo corresponda á los sábios profesores de latinidad resolver sobre las bellezas del estilo,

paréceme que no falta á esas palabras sóbria elegancia, así como tambien hay en ellas, segun claramente se vé, la variedad de tonos y de formas que necesita, el que á un mismo tiempo deplora la desgracia y condena á quien la ha producido. En ese breve pasaje se confirma que el orador habia elegido á Demóstenes por modelo, y que, no en vano, se habia propuesto imitarlo. (15) Como Demóstenes es conciso, pero no seco ni descarnado; como él emplea las enumeraciones graduales, sin incurrir en prolijidad; y como él se vale, con admirable tino, de los contrastes, ó antítesis de pensamiento, que es, acaso, la única figura de que Demóstenes abusa, por lo ménos, en alguna de sus arengas.

Voy á daros á conocer, para que juzgueis, por vosotros mismos, de la palabra de Caton, el más largo pasaje que se conserva de sus discursos deliberativos. Pertenece á la defensa que hizo de los Rodios, ante el Senado. En la guerra que los romanos habian sostenido contra Perseo, el pueblo de Rodas siguió una conducta sospechosa, pero no abiertamente declarada contra la República. Las acusaciones del rey Eumenes hallaron eco en Roma, y la opinion pública se iba formando contra los Rodios, hasta el punto de que su causa parecia á todos perdida, desesperando, ellos mismos,

de calmar el resentimiento del Senado. Entónces, Caton, que no veia con gusto aquellas expediciones al Oriente, de donde los romanos solo habian traido estériles riquezas, y vicios, usó de la palabra con su elocuencia acostumbrada, y logró persuadir á la Asamblea, la conveniencia de ser indulgentes con los que no habian cometido otra falta que mirar, por sus propios intereses, más que por los agenos. Hé aquí los párrafos de su arenga, segun los copió Aulo-Gélio de las colecciones:

«Harto sé que, la mayoría de los hombres, pierden la moderacion en la prosperidad, y que sueltan la rienda á su orgullo, cuando se ven acariciados por la fortuna. Por esto temo que, ensoberbecidos con el buen éxito de la guerra, esteriliceis vuestro triunfo con una resolucion de consecuencias peligrosas, y que, el regocijo que sentís, se destruya por su propio exceso. La adversidad doma los corazones, y alecciona á los hombres; miéntras que la prosperidad los estravía del buen camino, y los hace sordos á los consejos de la prudencia. Os recomiendo, pues, que recordeis esto, y encarecidamente os pido que aplaceis algunos dias esta deliberacion, hasta que, libres de las impresiones que nos dominan hoy, seamos dueños de nosotros mismos.